

## cultura

# Fascistas de vanguardia

El debate sobre la ideología totalitaria de escritores revolucionarios se reabre con dos libros sobre Céline y Drieu La Rochelle

JAVIER RODRÍGUEZ MARCOS  
Madrid

Que la vanguardia artística va de la mano del progreso político es un mito que no hace tanto que saltó por los aires. Aunque los historiadores siguen recogiendo los pedazos, durante años se buscó explicación a las excepciones que no confirmaban la socorrida regla. En el terreno de la literatura, y certificadas las conexiones entre fascismo y futurismo —su manifiesto cumple un siglo—, el emblema de la conexión puntual entre ideología reaccionaria y revolución artística se llama Louis-Ferdinand Céline (1894-1961). A su lado, Drieu La Rochelle (1893-1945). Sobre ambos aparecen esta semana dos títulos clave: *Céline secreto* (Veintisisete Letras) y *Pierre Drieu La Rochelle. El aciago seductor* (Melusina).

*Céline secreto* es fruto de las notas, traducidas por José María Solé, de las conversaciones de Véronique Robert con Lucette Destouches, la última esposa del autor de *Viaje al fin de la noche*. Que una de las novelas más revolucionarias del siglo XX saliera de la mente de un francés antisemita visceral sigue generando ríos de tinta. Precisamente, Destouches trata de matizar esa visceralidad con buenas intenciones: “Cuando supo lo que realmente había pasado en los campos de concentración, se quedó horrorizado, pero nunca fue capaz de decir ‘Lo lamento’. (...) Siempre aseguró que había escrito sus panfletos de 1938 y 1939 con finalidad

Que el progreso artístico y el político van de la mano es un mito desactivado

pacifista. En su opinión, los judíos incitaban a la guerra y él quería evitarla”. Por si acaso, ella prohibió la reedición de piezas como *Bagatelas para una masacre* y *La escuela de cadáveres*.

En el fondo, *Céline secreto* vale menos como argumento defensivo que como testimonio de la ocupación alemana —“por un poco de pan se podía comprar a cualquiera”—, como retrato íntimo de un hombre contradictorio y memoria de una mujer hecha a sí misma. “De lo que siempre me he arrepentido”, dice, “es de no haber estudiado. Nunca nadie me llevó a un museo”. Le gustaban Fra Angélico y la poesía del amor cortés: “A Louis se lo ocultaba. Temía parecerle cursi”.

Si Céline se libró del paredón porque llegó vivo a la amnistía de 1951, Pierre Drieu La Rochelle lo hizo porque se quitó la vida en 1945. Su suerte estaba echada desde que dejaran París los alemanes, entre los que él funcionaba como un elegido. Decadente, dandi, vanguardista y héroe de la



El escritor francés Pierre Drieu La Rochelle en 1928. / ROGER VIOLLET



Louis-Ferdinand Céline visto por Fernando Vicente.

guerra del 14, era a la vez íntimo de André Malraux, su albacea literario, y de Otto Abetz, el embajador alemán. Como dice el historiador Enrique López Viejo, autor de *Pierre Drieu La Rochelle. El aciago seductor*, fue “un hombre complejo que pareció equivocarse en todo”.

Entre sus equivocaciones se cuentan sus peticiones de ejecución sumarisima para los miembros de la Resistencia, su participación en congresos nazis y sus artículos en *Je suis partout*, el periódico que delataba a los “subversivos”. Al mismo tiempo, Drieu dirigía la *Nouvelle Revue Française* y usaba sus influencias para salvar a sus amigos judíos.

López Viejo explica que Drieu experimentó su caída del caballo en 1934. Europeísta en los años veinte y compañero de viaje de los comunistas, ese año visita Núremberg y queda “encandilado por la parafernalia nazi. Cambió a Stalin por Hitler”. Para su biógrafo, sigue siendo un caso por resolver: “No alcanza la altura de Céline, pero no se le puede despachar con un ‘era un facha’”.

Y recuerda la contradicción señalada por Jean-François Revel: “Si el fascismo y el comunismo sólo hubiesen seducido a los imbéciles, habría resultado más fácil librarlos de ellos”.

## Generales, curas y señoritos españoles

J. R. M., Madrid

“Mi sueño era España”, dice Lucette Destouches al recordar su llegada, en 1945, al exilio de Dinamarca, “el país más triste del mundo, habitado por cerdos hipócritas”. Los Céline nunca hicieron realidad su sueño. Drieu La Rochelle, sí. Hablaba español y viajó varias veces al país. Unas con Victoria Ocampo, que le presentó a Ortega y Gasset, y otras por su cuenta para conocer a Ramiro Ledesma y al resto de próceres de Falange. Durante la Guerra Civil, además, visitará a Queipo de Llano en Sevilla.

Si decidió no pedir refugio a Franco cuando le perseguía De Gaulle fue porque, dice López Viejo, “los militares y los curas habían absorbido a falangistas y nacionalsindicalistas”. Ésa es, asiente José Carlos Mainer, la gran diferencia entre el fascismo español y el europeo. “El antisemitismo es un invento francés del siglo XIX. Muchas de las ideas del fascismo internacional vienen de Francia, donde era una corriente laica. En España, bien al contrario, fue pronto parasitado por el autoritarismo católico tradicional y abdicó de su sustancia revolucionaria”, dice Mainer, autor de estudios pioneros sobre la literatura fascista.

### Escritores mediocres

Cuando se le pregunta si Céline y Drieu tienen equivalentes españoles responde sin dudar que no: “¿Giménez Caballero, Agustín de Foxá? Son escritores menores. Además, ganaron la guerra y se beneficiaron de ello. Ni están al nivel de Céline ni tienen la aureola de los derrotados. Eran señoritos fascistas. No digamos autores como Eugenio Montes o Tomás Borrás”.

Ganaron la guerra y perdieron la historia de la literatura. La fórmula es de Andrés Trapiello, autor de *Las armas y las letras* (Península), un ensayo que deshizo tópicos sobre el papel de los escritores en la Guerra Civil. “La fórmula de Trapiello es brillante”, dice Mainer, “pero no un lamento. Prevaleció la tradición moderna y laica. Aun en condiciones normales habrían quedado para especialistas”.

Al hablar de la desactivada hermandad entre vanguardistas y progresistas, el catedrático de la Universidad de Zaragoza recuerda que se trata de una discusión todavía abierta. Aunque cita a Jean Clair, ex director del Museo Picasso de París y autor de *La responsabilidad del artista* (Antonio Machado Libros), el propio Mainer impulsó el debate español en *La corona hecha trizas* (Crítica): “En la vanguardia hay un claro ingrediente autoritario. La crisis de los años treinta es tan radical que arrastra a todo el mundo y tiene como salidas el fascismo y el comunismo. Y la paradoja es que entre ambos hay muchas similitudes”.